

Una mujer de armas tomar

Desde que uno entra a Mompo_x, puede sentir que está pisando un pueblo suspendido en el tiempo. El colorido blanco de las casas estilo colonial, las seis iglesias que se imponen en la ciudad, las espaciosas plazas de mercado, las lámparas parisinas que se encuentran en la calle y el río que acompaña la avenida principal evocan los tiempos [en los que](#) Colombia se llamaba [Nuevo Reino de Granada](#).

En la avenida que se abre paso junto al río Magdalena nos encontramos con la casa que hace más de ciento cincuenta años le perteneció a la Marquesa de Santa Coa. Es una vivienda que por fuera está pintada de un vino tinto rojizo y decorada por columnas y ventanas verdes que le dan un toque de imponencia. Las tejas de barro parece que no han sido cambiadas desde hace siglos, y la puerta negra de hierro_z de más o menos dos metros y medio de alto, abiertas de par en par, invita a entrar a todo aquel que se pare enfrente.

A las diez y dos minutos de la mañana_z, en un caluroso y húmedo día septembrino, sale de esta inigualable edificación Faiza de Gutiérrez de Piñeres, quien vive allí desde que se casó hace más de seis décadas. A sus 83 años, esta mujer tiene más vida que cualquier adolescente.

Su piel es trigueña, el color de su cabello es una mezcla entre rojo y blanco, su nariz es ancha, sus ojos cafés son pequeños y redondos, y tiene unas ojeras que le delatan la edad. Sin embargo, se conserva muy bien, gracias a que es delgada_z con tan [solo](#) un poco de barriga y tiene una personalidad tan arrolladora que no se asemeja a la de ninguna persona de la tercera edad que se conozca.

Vestida con una ropa fresca para el clima, una camisa de algodón de estampado de flores y una bermuda azul, acapara con su sonrisa cálida la mirada de todos. Como toda madre de provincia, saluda con fuertes abrazos e insiste en ofrecer comida cada 20 minutos.

Faiza camina por su casa, donde sobresalen sus altos techos de 300 años, sus cuartos intercomunicados, sus diez mecedores para entretener visitas y su fabuloso patio interno que transmite paz con tan solo verlo. Esta arquitectura muestra la importancia de la tradición y el deseo de mantener una familia unida, puesto que todo está hecho para dejar el aislamiento a un lado y sentarse a compartir.

Esta matrona entra al espacioso comedor, uno de los lugares más impactantes de la casa, donde se encuentran dos mesas, una rectangular de diez puestos y una circular de seis, jala una de las sillas cuyo espaldar está tallado a mano, se lleva los dedos al rostro para sobarse la mejilla y comienza a hablar sobre su vida.

Amor comprometido

“Me mudé a esta casa cuando me casé con mi marido. Yo tenía tan solo 19 años, pero, desde entonces, la que toma las decisiones aquí siempre he sido yo”, cuenta Faiza con el absoluto desparpajo con que suele hablar con todo el mundo.

Se casó con Germán Gutiérrez de Piñeres, un ganadero famoso de la región quien, como muchos otros hombres, comenzó trabajando para su familia. Se conocieron cuando él acompañaba a su primo a hacerle visita a su novia, una vecina de Faiza. Allí se enamoraron, pero este fue un romance distinto a los de hoy.

“El primer regalo que Germán me dio fue una yegua que se llamaba *La Adelaida*. Hay gente que se da rosas, pero él me regaló un animal. Quizás así como comenzó lo fue siempre, pues toda mi vida giró en torno al trabajo y el ganado”, dice entre risas.

Cuando Faiza se echa a reír es como si se inundara un cuarto de sonrisas. La luminosidad en sus ojos y el estruendoso ruido de sus carcajadas hacen que sea imposible no ser contagiada por su alegría.

“Después de un largo tiempo, de visitas vigiladas y de molestarme con regalos, me conquistó. Nos casamos y me llevó a vivir a su casa. No como ahora que primero se las llevan a su casa y después se casan”, cuenta con gestos de desaprobación. “No, señor. Aquello sí era de verdad, verdad. Como te dije, en mi casa yo tomo las decisiones y, por eso, yo no permito que aquí vengan parejas que no estén casadas. Si mi nieta quiere venir con su novio, se va pa’ otro lado con él”, afirma de manera tajante.

Al tiempo que se frota sus manos, Faiza agrega serenamente, “eso es lo bueno de que a pesar de llevar 28 años viuda, me mantenga yo sola, pues no hay nadie que me refute a mí nada. Yo no recibo *bolón* de ninguno de mis hijos”.

Esta matrona momposina lleva años manejando a todo el mundo desde su casa. Vive de los alquileres de distintas propiedades y sus fincas las tiene produciendo solas. “Mija, en esta casa mi marido terminó casi dependiendo de mí. Yo iba siempre al lado de él, haciendo las cuentas, acompañándolo en sus giras de hasta tres días para lograr llevar los 900 novillos que mandábamos semanalmente a distintos puertos ribereños, y dirigiendo cuanto empleado se necesitara mandar”, cuenta inflando el pecho de manera orgullosa.

“Encima, yo eduqué a mis seis hijos, a una nieta y a un hijo natural que Germán tuvo antes de que nos casáramos. Mi marido nunca supo [qué](#) era eso, él se dedicaba honradamente al trabajo. Yo, en cambio, hacía ambas cosas. Tuve cinco empleados para que me ayudaran, pero siempre todo iba bajo mi orden. A todos mis hijos los mandé a estudiar a Bogotá, inclusive mandé a Barranquilla a estudiar a los dos hijos de una de mis empleadas de confianza”, cuenta mientras enumera con sus manos a sus hijos, hijastro y a sus empleadas.

Seguidamente recuerda [cómo](#) terminó de educar a su marido. “A Germán hasta le enseñé a comer, pues él no tenía idea de lo que era alimentarse como se debía. Por eso, aunque me dolió en el alma perderlo, cuando me dejó hace 28 años, yo tenía ya todo organizado y sabía exactamente cómo manejarlo todo, pues, en últimas, siempre he sido yo la que lo [he](#) controlado”.

De repente, entra un hombre de unos sesenta años gritando: ‘Mami’. Él es Germancito, el hijo natural de su esposo, a quien Faiza había adoptado cuando tan [solo](#) tenía cinco años. De todos sus hijos, [este](#) es el único que se quedó viviendo con ella en Mompo.

Germán se sienta a su lado, pero [solo](#) para escuchar las órdenes de los mandados que le tiene que hacer a su madre. Germancito, un hombre delgado, canoso y padre de tres hijos mayores, todavía le obedece como si jamás hubiera dejado de ser niño.

Se fue su hijo, pero entró otro hombre. Es Antonio, uno de los pocos empleados que le quedan en su casa. Tiene unos treinta años, es pastuso y, como dice ella sin ningún sentido de discriminación, “es tan bobito como cualquier pastuso, me toca escribirle las cosas para que las entienda el tendero, pues nadie le comprende cuando habla. Yo lo tengo para que aprenda y no se muera su familia de hambre, pero creo que me iría mejor sin él”, cuenta con la ternura que se esconde detrás de sus aparentes insultos.

Mujer sin miedo

Durante la peor época de violencia entre la guerrilla, los paramilitares, el narcotráfico y el Ejército Nacional, que transcurrió entre las décadas de los 80, 90 y principios de este siglo, Mompox y el resto de Bolívar fueron blanco de ataques y del derramamiento de sangre. Mucha gente huyó en busca de un lugar más seguro, pero Faiza permaneció inmóvil en su sitio, sin importarle nada, ya que jamás en su vida se ha considerado una mujer temerosa, sino por el contrario, temeraria.

Se levanta y camina hacia la sala principal donde hay más fresco y decide sentarse en su mecedor preferido. De pronto, su mirada se congela y empieza a hablar sobre las dificultades que tuvo que pasar, pero no se arrepiente de cómo las enfrentó. Cinco veces estuvo frente a frente con la muerte, pero jamás dejó que eso le impidiera seguir produciendo, por el contrario, cada vez que vivía una experiencia de vida o muerte, salía con más agallas que con las que entró.

“Yo no le tengo miedo a nada. Ni siquiera a morirme. Por eso, siempre he tomado decisiones que para mis hijos podrán ser irresponsables, pero que para mí eran necesarias, tanto para la supervivencia de ellos como para la mía”, cuenta meciéndose lentamente. “Yo sobreviví a cinco ataques de la guerrilla que se presentaron en el tramo entre Carmen de Bolívar y San Jacinto, pero hubo uno que se quedó marcado en mi memoria por la forma como actué”.

“Yo varias veces tuve que ir a Barranquilla por cuestiones médicas o económicas y no tuve de otra que irme en taxi. En uno de esos viajes presencié uno de los ataques. Fue hace diez años y recuerdo haber visto a un muchacho de unos 18 armado hasta los dientes y haber sentido pesar por él. “Si ese fuese mi hijo o mi nieto”, pensé”, dice aún con genuina preocupación por el joven.

“Con el *pelao* había un grupo de bandidos, aunque a ciencia cierta no sé si eran paracos o guerrilleros. Empezó un tiroteo que ni te digo y nos escondimos, el taxista y yo, detrás de las sillas. En fin, cuando se bajó la balacera, pero aún quedaban varios bandoleros armados, me bajé del taxi. El taxista me gritó que no lo hiciera, pero yo necesitaba llegar a mi casa. Así que cogí mi maletica y me puse a caminar entre la gente. Había gente llorando, gente muerta, camiones incendiados y tipos con armas hasta pa’ vender. Pero a mí no me dio miedo. Yo empecé a caminar y me importó un carajo lo que me fueran a decir. Me importó un carajo que las balas aún estuviesen calientes. Yo necesitaba llegar y el miedo nunca ha sido un factor decisivo en mi vida”, afirma Faiza con la entereza que [solo](#) una mujer como ella refleja.

Faiza se para del mecedor y comienza a caminar por los cuartos. Llegamos a uno que tiene el techo más alto de toda la casa. Es lo que solía ser el cuarto nupcial que, aunque ya ella no duerme allí desde hace muchos años, todavía lo mantiene intacto. Apenas entra se acerca mecánicamente a una fotografía, la levanta y se la pone contra el pecho. Es una foto del expresidente y hoy senador de la República Álvaro Uribe Vélez, y al tiempo que la muestra dice: “En este país ha habido mucha violencia. Y este pueblo ha visto mucho. Es por esto que a pesar de que jamás me he dejado mandar de nadie, creo que haría la excepción de recibirle órdenes al único presidente que ha servido para algo en este país”.

Orgullo materno

Sale del cuarto nupcial y avanza hasta detenerse en su puerta principal, donde hay todavía más retratos de su familia. Le gusta pararse allí, pues desde ese lugar puede ver el río Magdalena, aguas que siempre la llenan de tranquilidad.

Aunque dice que se siente contenta por los logros de todos sus descendientes, logros de los que dice ser patrocinadora oficial, está particularmente [henchida](#) de orgullo cuando piensa en su nieta Faiza.

“A mi nieta Faiza la eduqué yo, ya cuando no tenía sino pocos a quien criar y, tal vez por eso, creo que es con la que más me identifico”, cuenta sacando un poco la lengua para mojarse los labios.

“Yo la [crié](#), ya que su madre, una venezolana que alguna vez se acostó con mi hijo, me la dejó a cargo. Ella sabía que lo mejor era dejármela a mí y, aunque hoy en día ambas tienen una relación buena, la madre de Faiza he sido yo. Por eso, cuando me dice que se ha ganado todos los premios en su universidad en los Estados Unidos, siento un orgullo de madre como el que sentí con mis otros hijos. Ella se llama igual que yo y tiene mucho de mí. Es fuerte como yo, pero más verraca todavía. Por eso sé que llegará lejos”, dice mientras alcanza una fotografía de su nieta, una joven de unos 25 años, bonita, delgada y con el color de los ojos y el cabello café.

Faiza se detiene y observa una imagen de su hija Julia junto al maestro Gabriel García Márquez, en un sofá de cuero marrón. Fue tomada hace unos siete u ocho años cuando Julia trabajaba en el Ministerio de Cultura del [Gobierno](#) de Uribe y es una de las reliquias de esta casa.

Adora al autor colombiano tanto como a sus hijos, pues, aunque no lo conoce, cree que siempre transmitió en palabras una versión exacta de lo que es la cultura costeña. Cuando le dicen que se parece a Úrsula Iguarán, simplemente responde diciendo, “[no](#) me merezco ser comparada con ella, pero, de igual forma, muchísimas gracias”.

Faiza vuelve a sentarse en su mecedor preferido y se mece como le gusta. No lo dice, pero su mirada está enfocada [en](#) las fotos, como si estuviese repasando su vida en un par de segundos. Recordar y hablar de todos sus descendientes quizás había logrado que una mañana que comenzó como cualquier otra se convirtiera en una aventura por el tiempo y, por ende, por la felicidad.

